

## DULCE MARÍA LOYNAZ, O EL CENTENARIO INADVERTIDO

*Por Álvaro Sarmiento*

Siempre hubo poetas que, obligados por las circunstancias o por deliberada elección, se recluyeron en cierto momento de su vida, adelantando su obra a partir de entonces en aparente soledad. Así sucedió a lo largo del siglo XX con el checo Vladimir Holan, encerrado en el barrio praguense de Mala Strana, o el franco-lituano Milosz retirado en Fontainebleau. Así transcurrió buena parte de la vida de Dulce María Loynaz, en su mansión del señorial barrio habanero de El Vedado, en la penumbra de salones y alcobas de altos techos, rodeada de cuadros, libros y búcaros y en presencia del piano de cola que en tantas ocasiones convocó en su torno las veladas poéticas y musicales de la poetisa y de sus hermanos también poetas. En las décadas de los años 30 a 50 acudieron a esas reuniones renombrados escritores y artistas de paso por Cuba o de breve estadía en la Isla. A algunas de ellas asistió acompañado de su esposa Juan Ramón Jiménez quien, en testimonio de su grato recuerdo, dejó consignado por escrito: “Orquesta de cámara ahora de los hermanos Loynaz, entre los cuales Dulce María sale de la cuerda del violín o quizás de la viola del amor”.

De vivir todavía en 2001, la poetisa cubana cumpliría los cien años. Centenario que parece haber pasado inadvertido para muchos tal vez porque, discreta siempre, Dulce María había regresado en los últimos años de su existencia a su vivir recatado en La Habana tras haberse ausentado excepcionalmente de Cuba para recibir el Premio Cervantes en España. Aunque durante muchos años fuera Directora de la Academia Cubana de la Lengua, reconocimientos y honores (en Cuba misma se le había otorgado previamente el Premio Nacional de Literatura) no podían apartarla de su vivir en la ensoñación y el recuerdo.

Tras los primeros poemas publicados en el periódico cubano “La Nación”, Dulce María Loynaz, digna heredera de lo mejor

del modernismo, fue construyendo una obra intimista nutrida en el tiempo con la lectura de los místicos españoles y los simbolistas franceses. Contemporánea de Nicolás Guillén, Alejo Carpentier y Juan Marinello —los tres políticamente comprometidos— la poetisa cubana parecía permanecer al margen de las vicisitudes de su país, prosiguiendo calladamente una obra con profundo arraigo, sin embargo, en la cubanía heredada de su padre, el general Enrique Loynaz.

A la publicación de *Versos 1920-38*, su primer poemario, seguiría la de *Canto a la mujer estéril* (1937), *Juegos de Agua* (1947), *Poemas sin nombre* (1953), *Cartas de amor a Tutan-kamon* (1953), *Últimos días de una casa* (1958), *La novia de Lázaro* (1991), *Ala en la sombra* (1991), *Bestiario* (1991) y *Diez sonetos a Cristo* (1998).

Al cumplirse el primer centenario de su nacimiento algunos de sus poemas mejores son accesibles gracias a la antología publicada en Visor por el poeta boliviano Pedro Shimose y a la que preparara María Asunción Mateo para Espasa-Calpe. Su obra en prosa se resume esencialmente en su singular novela *Jardín* de la que se espera para los próximos meses una edición crítica a cargo del poeta cubano César López.

Álvaro Sarmiento